

Biblioteca Films

Gasca del Rio Grande

Núm.
426

25
CTS.



Leo Carrillo - Dorothy Burgess



LAEMMLE, Edward

BIBLIOTECA FILMS

TÍTULO DE LA SUPREMACÍA

REDACCIÓN, ADMINISTRACIÓN Y TALLERES:
VALENCIA, 234 APARTADO 707-BARCELONA

DEPÓSITO GENERAL DE VENTA EN BARCELONA:
SOCIEDAD GRAL. ESPAÑOLA DE LIBRERÍA
CALLE DE BARBARÁ, NÚMEROS 14 Y 16

APARECE LOS MARTES

AÑO VIII

NÚM 426

Lasca of the Rio Grande, 1931

Lasca de Rio Grande

Adaptación en forma de novela de la película del mismo título, interpretada por los artistas

Dorothy Burgess - Leo Carrillo

Versión literaria de C. G. SERRA

EXCLUSIVAS UNIVERSAL

Hispano American Films, S. A.

Director Gerente:

NORMAN J. CINNAMOND

Valencia, 233

Barcelona

REPARTO:

José Santa Cruz
Lasca
Miles Kincaid
Thompson

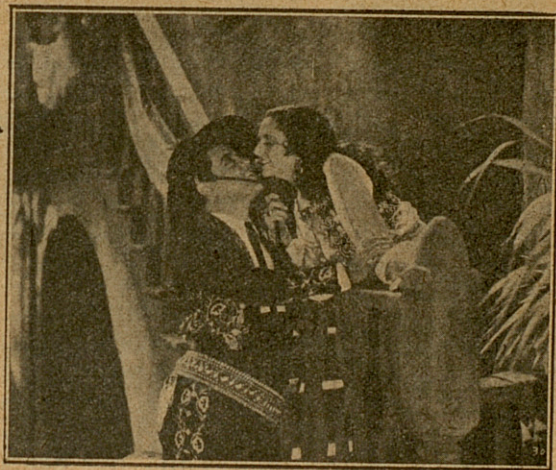
✓ Leo Carrillo
✓ Dorothy Burgess
✓ John Mack Brown
Slim Summerville ✓

ARGUMENTO DE DICHA PELÍCULA

Cuando Río Grande no era más que una pobre aldehuela americana de cuatro casas que cabía en un puño, el bar de Johnson estaba en su apogeo.

—Para buenas bebidas y buenas mujeres, no hay como el bar de Johnson—decían los hombres guiñando el ojo.

En veinte millas a la redonda no había otro poblado. Altas montañas marcaban la línea de la frontera. En la falda de una de estas montañas, se apiñaban las cuatro casas chatas de Río Grande, y a la otra ladera de la montaña, corriéndose hacia el sur, se extendía la interminable llanura, tierra árida, desolada, con la silueta extravagante de los cactus. De cuando en cuando, en las zonas de pastos, donde la tierra se muestra más feraz, aparecía una hacienda, como un oasis en medio del desierto, con sus planas azoteas, sus grandes arcadas y sus hombres atezados,



Lasca se dejó caer en sus brazos...

magros y gentiles de rancio abolengo español.

Río Grande era el centro de la comarca; el punto donde convergen el hacendado y el contrabandista o el mejicano, que por razones especiales que tenían que ver con la policía, saltaban la frontera.

Y el centro de Río Grande, el ombligo de aquella partícula habitada del desierto, era el bar de Johnson, la casa alegre, donde se cantaba y se bailaba todos los días del año,

donde las muchachas se dejaban besar sin aspavientos por los hombres hambrientos, que andaban millas y millas con este objeto.

Rumboso, fanfarrón, cargado de alhajas auténticas, con el continente orgulloso de un gallo que luce por el gallinero sus plumas tornasoladas, entró una tarde en el bar el hacendado mejicano José Santa Cruz, el mozo que a todas las cualidades antes apuntadas, unía las de ser rico, joven y guapo.

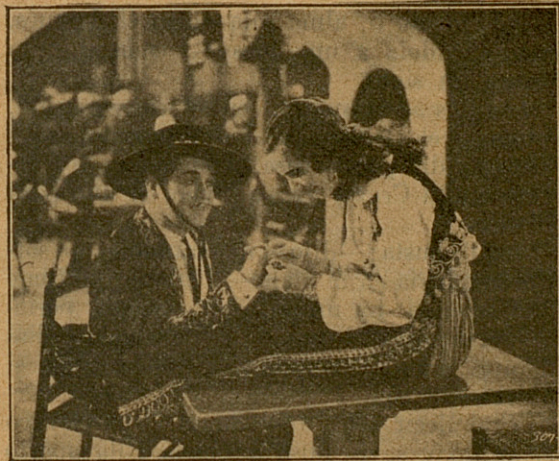
Andaba el mozo enamorado de Lasca; bebía los vientos por ella; corría millas y millas para mirarse en el fondo de sus ojos, grandes como los más grandes y bellos sobre toda ponderación.

—¡Salud, amigos míos!—dijo José Santa Cruz desde la puerta.

Todos los rostros se volvieron. La presencia de José Santa Cruz era de buen agüero. Donde se hallaba él, nadie sufría sed. Parecía que en torno suyo hubiese constantemente una atmósfera de alegría.

—¡Vengan todos a beber, muchachos!—gritó Santa Cruz—. ¡La verdadera fiesta empieza con mi llegada!

Lasca, que a la sazón bajaba la escalera, con aquel continente de reina que la daba su belleza, con aquel empaque que le daba su cuerpo impecable, con aquel nimbo de belleza que la había hecho famosa en toda la comarca, se detuvo para hacerse visible al re-



—¿Te gusta?

cién llegado, al cual esperaba desde hacía días. Gustábale que el mozo la cortejara y extremaba con él sus caricias. Le gustaban las plumas tornasoladas del gallo, porque era ardiente, pero también le gustaba el brillo deslumbrante de las joyas y el tintineo de las monedas que pródigo repartía Santa Cruz.

En cuanto él la divisó, corrió a su encuentro, y Lasca se dejó caer en sus brazos y un frenético abrazo los fundió por unos momentos.

—Lejos de ti, alma mía—dijo él después, conduciéndola a una mesa—, cada minuto parece un siglo.

Los dos se abismaron en su conversación, mientras el alcohol que había pagado Santa Cruz cundía por la casa. Alejados de los demás, Santa Cruz y Lasca vivían el uno para el otro.

—¿Te gusta?—dijo él mostrándole una sortija que lucía en la mano—. Este anillo tiene una leyenda. La mujer que lo acepte, pertenecerá siempre al que lo da, tiene nueve diamantes: ¡uno por cada vez que morirás si no me eres fiel!

Y al decir esto, José Santa Cruz se sacó el anillo y se lo puso a Lasca. Ella apartó un poco de sí la mano y la agitó en el aire, haciendo destellar los diamantes. Después lo miró a él, con sus grandes ojos donde fulguraban también los destellos de su mirada y dijo:

—Con gusto moriría cien veces por el hombre que amo.

II

Paso a paso, como si hubiesen venido a darse cita de dos extremos del mundo y llegasen cansados del viaje, se encontraron en el atadero, frente al bar de Johnson, el viejo Jehosophat y el joven Miles Kincaid. El primero era un buscador de oro que no había hecho fortuna, y el segundo un guarda americano de la raya de la frontera. Ambos eran viejos amigos y se saludaron cordialmente.

—Vengo a ver si encuentro por aquí algún sinvergüenza—dijo Miles.

—¡Pues no habrás venido en balde! Ahí está Thompson, al cual vengo a cortarle una oreja.

—¿Y tu compadre?

—Me dijo que había oro en los cerros Davis y en ocho meses, no he encontrado ni rastro. Lo creí, porque lo dijo soñando en voz alta... ¡y así y todo, el muy embustero me engañó!

—¡Las dos orejas debieras cortarle!—dijo Miles Kincaid.

Entraron juntos en el bar donde reinaba

la mayor animación, y se dirigieron al mostrador a tomar una copa.

José Santa Cruz había abandonado por unos momentos a Lasca para hablar sobre una venta de caballos con unos individuos.

A esto se aproximó a Lasca un individuo de mala catadura, sucio y borracho.

—¿Quieres bailar conmigo, paloma?

—No—dijo ella—. Vete a paseo.

—¿Tampoco me quieres dar un beso?—pidió él, al mismo tiempo que se echaba sobre Lasca.

Ella lo apartó violentamente de un manotazo. La cólera le brillaba en los ojos: Lasca, toda nerviosa, era extremada en sus pasiones: lo mismo amaba que odiaba.

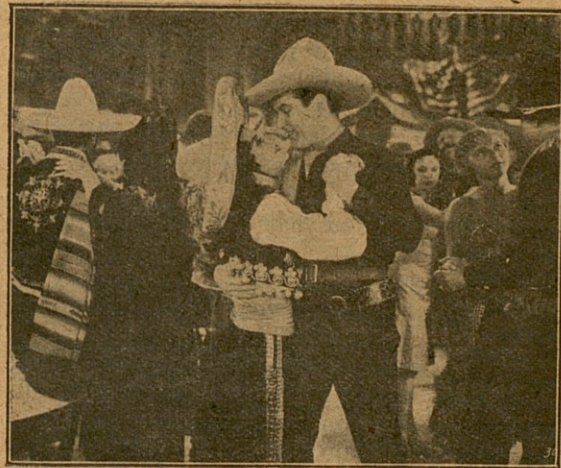
Pero el otro, con obstinación de borracho, quería besarla.

—¡Te dije que no me tocaras!—exclamó Lasca, sacando un afilado puñal que siempre llevaba oculto en el seno—. Mira: si vuelves a insistir, te lo clavo.

El otro se marchó refunfuñando, en tanto que Miles Kincaid, desde el mostrador, descubría a la muchacha y se iba hacia ella:

—¿Quiere usted bailar conmigo?

Ella aceptó y los dos se mezclaron con las demás parejas que se mecían en la sala al compás de la desconcertante orquesta del bar Johnson.



Se mezclaron entre las demás parejas.

—La verdad es que baila usted muy bien—dijo él.

—Usted no se queda atrás. ¿De dónde es usted? No le había visto nunca.

—Soy de la guardia rural. He venido a Río Grande para un servicio. Ahora no me arrepiento de haber entrado aquí.

—¿Encontró lo que buscaba?

—¡Encontré la mujer más bonita que hay en la tierra!—exclamó él y hubiera seguido

piropeándola, si de pronto no hubiera surgido José Santa Cruz y los hubiera detenido.

—Gracias por distraerme la dama—dijo con sarcástica amabilidad.

—Fué un gran placer—respondió Miles, un tanto molestado por la intervención del desconocido.

—¿Quiere usted beber conmigo?—propuso Santa Cruz.

—No, gracias.

El iba a marcharse cuando el mejicano le detuvo:

—Usted nunca había estado aquí, ¿verdad? Pues sepa usted que no me gusta que mis mujeres bailen con forasteros.

—Yo eso lo dejo a gusto de ellas—respondió Miles.

—Pues le aconsejo que cambie de pensar—recomendó Santa Cruz.

Aunque la discusión era seguida con el mayor interés por los presentes, Miles se encogió de hombros y se fué al mostrador, donde se hallaba su amigo, el viejo Jehosaphat.

—Es un rico ganadero del otro lado. Además, es un poco bandido. Guárdate de él, porque está loco por la muchacha.

III

Por más vueltas que dé el mundo, Thompson ha de ir a parar al bar de Johnson. Aquella tarde llegó puntualmente y lo primero que vió fué a su amigo Jehosaphat.

—¿De dónde sales?—le dijo.

—De las malditas montañas donde dijiste que había oro.

—¿Yo...? ¡Estás borracho!

—¡Hasta en sueños mientes! Para escarmiento, te cortaré una oreja.

—¡Qué atrocidad! ¿Serías capaz...?

—Se lo he dicho a todo el mundo y ya no puedo volverme atrás. ¿Quieres que tomen a tu compadre por un charlatán?

—Eso de cortarme una oreja no me gusta; si me la quitases de un tiro...

—Ya sabes que tengo mala puntería.

—Bueno; puedes practicar un poco más... ¡y ya veremos!

En aquellos momentos se produjo en la calle gran confusión. La cosa era bien sencilla. Lasca había salido, sin poderse despren-

der de aquel borracho que quería besarla. Cuando éste la vió en la calle, quiso abrazarla y se abalanzó sobre ella; entonces la muchacha se sacó el puñal para asustarlo, pero al volver aquél se dejó caer sobre ella y él mismo se lo clavó. La cosa ocurrió en un segundo. Al verlo desplomarse en tierra, Lasca echó a correr. Fué cuando la gente empezó a gritar.

Miles, que aún se hallaba en la taberna, también salió corriendo.

—¡Han matado a uno! ¡Han matado a uno!—gritaba la gente.

Cuando Miles trataba de abrirse paso para atender al herido, alguien empezó a gritar.

—¡Ahí va el asesino!

Al mismo tiempo pasó ante ellos, rápido como un rayo, un caballo. Fué cosa de un segundo. Miles sacó un revólver, apuntó y disparó. Cien metros más abajo cayó el jinete.

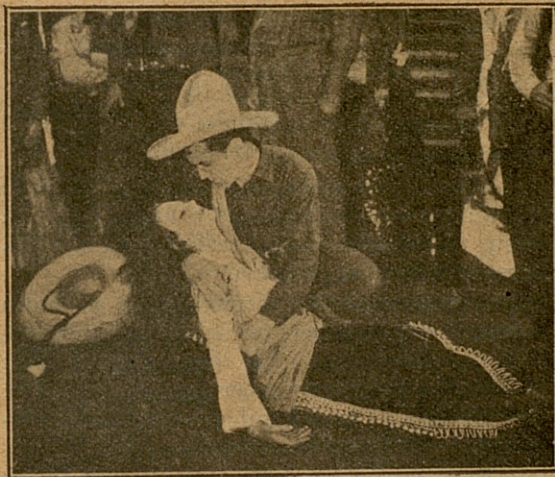
—¡Es una mujer! ¡Es una mujer!—gritaba la gente.

Era Lasca.

La llevaron a su habitación y llamaron al médico. José Santa Cruz fué a buscarlo y en su compañía entró en el cuarto.

Lasca se hallaba tendida en la cama desmayada y Miles, en la cabecera, la contemplaba en silencio.

—¡Se necesita valor para tirarle a una



El certero disparo la hizo caer herida.

mujer!—dijo Santa Cruz mientras el médico la examinaba.

—Lo siento, pero no le debo a usted ninguna explicación—dijo Miles.

—No es nada—exclamó el médico cortando el diálogo—. No tiene nada. Sólo ha sido la impresión.

—Dése usted por afortunado, guardia—dijo José Santa Cruz.

En este momento, Lasca empezó a recuperar el conocimiento, y se dió cuenta de don-

de estaba. Santa Cruz se acercó a ella y señalando despectivamente al policía, le dijo:

—Ese valiente por poco te mata.

—Sin saber que se trataba de usted, desde luego—dijo el guarda interrumpiéndole.

—¿Me dejará libre, entonces? — exclamó ella anhelante, envolviendo a Miles con una de sus miradas en la que reflejaba la súplica, la esperanza y la promesa.

En cualquier otra circunstancia el mozo se habría dejado arrebatar del entusiasmo, pero la voz fría del deber se impuso y contestó:

—Antes tengo que saber que fué del otro.

—El otro, ya está fiambre—respondió Santa Cruz.

—En ese caso, tendré que llevármela a usted presa a Los Hermanos.

Santa Cruz quiso intervenir.

—¿Por qué molestarse si ya está muerto? Además, era una mala pinta. Un muerto más o menos, importa poco.

—A la justicia le importa mucho—le atajó secamente Miles Kincaid—. De modo que, señorita, haga el favor de levantarse y acompañarme. Vamos a salir inmediatamente.

José Santa Cruz trató de oponerse por todos los medios, pero fué inútil. El policía se mostraba irreductible y no quiso ceder de ningún modo. Por otro lado, no le convenía insistir demasiado, según le dió a entender Mi-

les, porque se exponía a que también se lo llevase a él.

Y al anochecer de aquel día, emprendieron la marcha y se internaron bosque adentro.

IV

Se hizo de noche y fué preciso hacer alto en un claro del bosque. La noche estaba apacible, y el rumor del viento era lo único que alteraba el silencio de la noche.

—Hay una larga jornada hasta Los Hermanos—dijo Lasca después de instalarse cómodamente encima de unas mantas, mientras Miles encendía fuego para preparar la cena.

—No está muy cerca. Confío que mañana, hacia media tarde llegaremos—contestó él con displicencia.

Durante el viaje habían hablado muy poco, aunque no por falta de deseos de ella, sino porque el mozo no podía olvidar por un momento que la llevaba presa.

Mientras preparaba la cena, Miles silbaba

una vieja canción. Lasca seguía todos sus movimientos y de cuando en cuando se burlaba de su torpeza de cocinero.

—La verdad es que lo hace bastante mal—dijo ella cuando él le daba a comer unas tortas que olían horriblemente a quemado.

—Pues haberlo hecho usted—respondió él.

—No quiero comer. Prefiero morir de hambre, antes que comer esa porquería.

—Como usted guste. Yo cumplo mi obligación.

Hubo una pausa, durante la cual, ella le contemplaba a hurtadillas. Después, como si hablase consigo misma, exclamó:

—Usted, tan pronto es amabilísimo como se vuelve un grosero insoportable.

El se encogió de hombros y repuso:

—Cuando una mujer se enternece, hay que tomar precauciones, y desde que hemos sabido parece que no para usted de enternecerse.

Después de la cena, Miles preparó las mantas para dormir. Ella le contemplaba en silencio. Luego, el guarda extrajo del bolsillo un par de esposas y fué hacia ella.

—Es preciso, Lasca—dijo.

—¿Lo manda el reglamento? — preguntó ella con sorna.

—Sí.

—¿También ordena explícitamente que los guardas han de acostarse con las mujeres que llevan detenidas?—volvió a preguntar ella.

—El reglamento ordena que se tomen todas las precauciones del caso para evitar que los detenidos puedan evadirse.

Ella no se opuso y le ofreció su blanca muñeca, que a la luz pálida de la luna tenía matices nacarados. El oprimió la suave carne con su anilla y aplicó la otra a su mano. Después se echaron ambos sobre las mantas.

Tenían que estar, precisamente uno al lado del otro. Al principio, él volvía el cuerpo hacía el otro lado y se apartaba lo más posible, pero Lasca se arrastraba hacia él y murmuró por dos veces.

—¡Tengo frío...!

Sentía junto a sí las palpitaciones de aquel cuerpo divino; presentía la llama viva de sus ojos puesta sobre él y un estremecimiento irresistible, un anhelo cada vez más impetuoso le envolvía, hasta quemarle la sangre y estremecerle el cuerpo con deseos inaplacables. Y llegó un momento en que la voz imperiosa del deber fué apagándose, empequeñeciéndose, alejándose más y más hasta convertirse en un débil balbuceo que finalmente desapareció bajo la llamarada fatal de la carne. Y sucumbió.

V

Cuando el sol empezó a apuntar por el horizonte, Miles y Lasca se levantaron. El preparó el desayuno silenciosamente, ensilló las caballerías, y después de haber tomado un refrigerio reemprendieron el camino.

Marchaban silenciosamente, sin cambiar palabra, hasta que a esto de un cuarto de hora de camino llegaron a un sitio en que la senda se bifurcaba.

—Aquí nos separaremos—dijo él.

—¿Me sueltas?—preguntó ella.

—Hay cosas más fuertes que el deber—dijo él reflexivamente—y guardó silencio otra vez.

Permanecieron unos instantes sin dirigirse palabra y sin moverse. Parecía que sentían separarse. Por fin, él rompió el silencio:

—Tienes que prometerme algo.

—Di lo que quieras.

—Quisiera que no volvieras de nuevo a Río Grande...

—¿Nada más que eso...?

—...y que no vieras más a Santa Cruz.

—Te lo prometo.

—Ahora, puedes marcharte.

Ella montó a caballo y se marchó sin decir nada. Miles la vió partir en silencio y cuando la vió desaparecer en un recodo del camino, marchó silenciosamente hacia su destino.

En cuanto llegó al puesto de la guardia rural, se presentó inmediatamente al jefe y le contó lo ocurrido, sin omitir detalle.

—No me arrepiento de nada, jefe—concluyó diciendo.

—Me duele, pero tendrá que ser juzgado—replicó el sargento.

Se le formó expediente, y el tribunal, teniendo en cuenta su brillante hoja de servicios, le condenó a tres meses de arresto, que tenía la obligación de pasar en el calabozo del puesto.

Miles era apreciado de todos y no le fueron del todo mal las semanas que pasó en el calabozo, porque sus compañeros le trataron a cuerpo de rey, visitándole con frecuencia y obsequiándole con regalos.

—Tres meses de calabozo no son mucho...—decía Miles a sus visitantes—. Peor hubiera sido que me hubiesen condenado a quince años. Además, me tratáis tan bien, que casi da gusto estar castigado.

Pero, al cabo de los dos meses la reclusión ya se le hacía imposible y quiso estudiar la manera de fugarse del calabozo. Este deseo fué aumentando por momentos, hasta que ya se hizo incontenible.

—¿Se sabe algo de Lasca?—preguntó un día a uno de sus mejores amigos que tenía el encargo de enterarse de lo que pudiera referirse a la muchacha.

—Se sabe que está en casa de Santa Cruz... También se sabe que la muchacha hace burla de ti porque cometiste la tontería de dejarla escapar.

—¡Maldita sea!—exclamó Miles sin poderse contener.

Se puso de muy mal humor y el calabozo empezó a pesarle. Días después ya estaba sobre ascuas y el deseo de abandonar aquellas cuatro horribles paredes, se convirtió en una obsesión. Un día, cuando fué a verle su amigo Jehosophat, en compañía de Thompson, para ver lo que le ocurría, le dijo resueltamente:

—¡Ayúdame a escapar!

—Me parece imposible que un policía me pida que le ayude a escaparse, pero vamos... ¡Vamos a complacerle! ¿Qué hay que hacer?

En breves palabras, Miles informó a sus amigos de lo que convenía hacer. Se trataba, sencillamente, de tomar la ropa de uno de

ellos. El otro se quedaría en el calabozo en lugar de él.

Media hora después, Miles estaba a salvo. Había podido burlar la vigilancia del carcelero y allá quedaba su abnegado amigo en rehenes, mientras él se hallaba sobre el estribo de su caballo, dispuesto a emprender la marcha hacia la finca de Santa Cruz, donde esperaba hallar a Lasca y pedirle cuentas por su proceder.

BIBLIOTECA FILMS Y FILMS DE AMOR

Son las mejores novelas
cinematográficas

VI

En el rancho de Santa Cruz celebrábase una fiesta. Habíanse congregado allí muchos amigos y convecinos del opulento hacendado. Circulaba el vino sin tasa. Por el aire cálido de aquel anochecer de estío volaban las cadenciosas canciones de la tierra, como lamentos de almas enfermas de amor. Las sombras del crepúsculo diluían las últimas claridades del día, y entre ellas se movían las esbeltas figuras de las bailarinas, allá en el ruedo, cercadas por los alegres espectadores, mientras la orquesta desgranaba las monótonas notas del baile típico.

Lasca, a quien la fiesta aturdía, se apartó del grupo y fué a situarse en una terraza apartada, adonde llegaban atenuadas las voces y la música. Acertó a pasar por allí uno de los músicos y lo llamó:

—¿Sabe usted aquella canción inglesa que se titula "Lo que el amor podía"?—le dijo ella.

—Sí, señorita—respondió él.

A una indicación de ella, el músico empezó a rasguear en la guitarra las primeras notas y después, con voz clara y sonora, cantó las estrofas de una canción sentimental, conmovedora. Cuando las últimas sílabas se extinguieron, Lasca, anhelante, suspiró:

—Otra vez... otra vez...

Iba a empezar el músico de nuevo, cuando apareció ante ellos José Santa Cruz. Quedóse allí plantado, sonriendo irónicamente, sin demostrar el más leve disgusto en el semblante, pero sus ojos brillaban como los de un felino y era que en ellos se reconcentraba toda su ira. Luego hizo una seña al músico y quedaron solos él y Lasca.

—¿Te gusta oír eso, no?—dijo con ira reconcentrada—. ¿Esa canción te recuerda al rural, no?

Lasca le envolvió con una mirada de desprecio que irritó más al hacendado.

Santa Cruz la agarró por una muñeca y la arrastró hacia la terraza, bajo la cual se hallaban sus amigos.

—Oigan esto para que se rían...—dijo—. Quiero que sepan cómo Lasca se burló del rural. Hízole prometer que no vería más a Santa Cruz y después el imbécil la cogió así —y al pronunciar estas últimas palabras, Santa Cruz pasó un brazo por la cintura de

Lasca, pero quedó inmovilizado y con la mirada fija en un punto.

Frente a él, impávido, sereno, sin denotar la menor inquietud, con el valor sereno reflejado en el rostro, se hallaba el rural en persona. Avanzó lentamente, encañonándole con una pistola, y al tiempo que avanzaba, Santa Cruz retrocedió unos pasos. Luego, Miles cogió a Lasca en brazos y dijo:

—La cogí así.

Fué una cosa tan súbita, que todos los presentes se hallaron sobrecogidos y nadie intentó hacer movimiento. Cuando se rehicieron, Miles ya había saltado en su caballo y volaba en dirección a la frontera. Entonces Santa Cruz empezó a dar voces, pero mientras preparaban los caballos y se ponían en persecución del fugitivo, ya había ganado éste gran delantera.

Miles y Lasca corrieron hasta que el caballo no pudo más. No tuvieron más remedio que apearse, antes de pasar la frontera, con el propósito de reanudar el viaje al amanecer. Esta vez, Miles no creyó necesario poner las esposas a Lasca. No había miedo de que se escapase.

VII

Al amanecer, cuando la aurora del nuevo día empezaba a arrancar sus hermosos colores a la Naturaleza, Miles y Lasca se disponían a reanudar el viaje. La noche había disipado la inquietud de sus almas y se hallaban alegres.

Cuando ya iban a ponerse en marcha, se vieron rodeados de gente. Lasca reconoció a los del rancho de Santa Cruz. El dueño, en persona, salió de detrás de un árbol y avanzó hacia ellos. Miles estaba imposibilitado de hacer frente a ellos. Diez o doce pistolas le encañonaban.

—¿Conque querías escaparte, eh...?—dijo Santa Cruz avanzando hacia Lasca y sonriéndole con su cruel sonrisa—. No vas a conseguir volar, paloma. José Santa Cruz es mucho hombre.

Miles iba a avanzar hacia él, pero Lasca se opuso:

—Déjalo... Te mataría—le dijo.

Santa Cruz avanzó y cogió a Lasca violentamente por un brazo y le dió un fuerte tirón.

—¡Es usted muy valiente con las mujeres!—dijo Miles sin poderse contener.

Entre varios secuaces de Santa Cruz le des-

armaron y le ataron fuertemente, y todos regresaron a la hacienda.

Santa Cruz tenía ideas siniestras. Lasca no ignoraba su crueldad y temía por la vida del valeroso rural. Aunque de momento no podía hacer nada por él, pensó que tal vez podría salvarle de la venganza a que estaba condenado y se mostró dócil con el mejicano. Cuando llegaron a la hacienda, Miles fué encerrado en un cuarto donde había aperos de labranza y quedó custodiado por centinelas.

Lasca no fué castigada. Por el contrario, Santa Cruz extremó con ella sus empalagosos cumplidos y por la noche, mientras cenaban, se la quedó contemplando unos instantes y después dijo:

—¡Qué contenta estás! Me lo dice tu voz... el brillo de tus ojos... Los ojos son espejos del alma y en ellos veo reflejados un gran amor.

—¡Es cierto!—dijo Lasca suspirando.

Hubo una larga pausa. Lasca, con la cabeza baja, se hallaba absorta contemplando el brillo de una sortija que en cierta ocasión le regalara Santa Cruz.

—Quien tiene tus ojos no necesita diamantes—dijo él—. Mírame a mí—ordenó secamente.

Lasca alzó el rostro hacia él. Sufría. Tenía los ojos anegados de llanto y él se complacía en martirizarla.



—¿Te querías escapar, verdad?

—Mañana será un gran día—prosiguió él después de una pausa—. ¿Sabes por qué?

Ella le miró sin contestar.

—No; tus ojos no reflejan nada. O no son espejos o... no tienes alma... Mañana nos casaremos. Mi casa necesita una señora y Lasca necesita un señor. ¿Qué dices a esto?

—Es un honor tan grande como inesperado...—balbuceó ella.

—El señor cura llegará al amanecer...—prosiguió él.

—¿Para casarnos tan temprano...?—preguntó ella visiblemente alarmada.

—Quiero matar dos pájaros de un tiro—dijo él con estudiada pausa. Primero prestará los últimos auxilios espirituales a tu rural...

Lasca se estremeció. Una sombra de terror pasó por sus ojos y estuvo a punto de desmayarse, pero comprendió que en aquel momento necesitaba de toda su serenidad.

—José... tú José, es generoso, muy generoso con sus enemigos... antes de matarlos. Bebamos, pues, en honor del acontecimiento de mañana.

Y Santa Cruz levantó su copa, mientras espiaba de soslayo a la joven con una siniestra sonrisa. Ella alzó la suya y ambos bebieron.

VIII

En el transcurso de aquella cena, Lasca había agotado hasta el fondo la copa del dolor. Pero no podía dejarse arrebatar por sus sentimientos. Ante todo se imponía la serenidad para salvar de una muerte segura a aquel hombre que había sido tan noble para con ella.

Con su aparente tranquilidad, logró des-

pistar bastante a Santa Cruz. Al menos así lo creyó ella. Cuando se retiró a su cuarto, se dejó caer de bruces sobre un viejo reclinatorio y pidió a Dios que le diese fuerzas para llegar hasta el fin.

Después, cuando creyó que Santa Cruz ya estaría durmiendo, salió sigilosamente de su habitación y se encaminó hacia el sitio donde Miles se hallaba preso. No le costó gran cosa convencer al guarda que hacía de centinela en la puerta. Este la dejó pasar con una facilidad que en otras circunstancias hubiera debido intrigar a la joven, pero ésta no sospechó nada.

Cuando Miles, que se hallaba despierto, vió aparecer a ella, salió a su encuentro:

—¿Tú...?—le dijo.

—Vengo a salvarte. Todo estará preparado dentro de media hora. Tu caballo estará al otro lado de la tapia. Márchate y recuerda que Lasca te ama...

—¿No será esto una celada que me preparáis entre tú y Santa Cruz?—dijo Miles que ya dudaba de ella en vista de la indiferencia que demostró cuando los hicieron prisioneros.

—¿Ves esta sortija?—dijo ella mostrándole la que Santa Cruz le había regalado—fué por la que prometí amar a José toda la vida.

Y sin decir más la arrojó por la ventana.
—Perdona, Lasca, que por un momento haya dudado de ti—dijo el rural grandemente conmovido, estrechándola entre sus brazos.

VIII

Densos nubarrones se habían cernido durante el día sobre la comarca. El cielo estaba cargado de electricidad y pronto a descargar una de aquellas tormentas desoladoras que lo arrasan todo. La noche estaba oscura y sólo se oía el aullido del viento y el siniestro rumor de los árboles azotados por el vendaval.

En los cercados, el ganado, asustado por los truenos, rugía como una muchedumbre alocada.

Empezó a llover torrencialmente. Lasca consideró que la lluvia facilitaría la huida y estaba contenta. Durante las horas que pasaron desde la visita a Miles hasta el momento en que salió para unirse a él, estuvo detrás de los cristales viendo llover. De cuando en cuando, la estela cegadora de un rayo alumbraba el paisaje.

Al llegar la hora, Lasca abandonó su cuarto. No sabía ella que Santa Cruz y algunos hombres estaban apostados para darles caza

cuando huyeran. Vieron pasar su sombra a través de las arcadas y nadie se interpuso. Las órdenes de Santa Cruz eran de que los dejaran escapar para después darles caza.

—¡Ya estoy aquí!—dijo Lasca al llegar al granero.

—¿Lo preparaste todo?

—Sí.

En efecto. Mientras Lasca iba a reunirse con su amado, el guardián había ido a ensillar los caballos y los encontraron en el sitio convenido.

Salieron cuando la tormenta arreciaba más fuerte. Frecuentes chispas eléctricas descargaban incesantemente. La lluvia les mojaba y el viento les azotaba el rostro. Avanzaban dificultosamente a través de la noche. Los rugidos de la vacada y los silbidos del viento, no les dejaban oír.

En tanto se disponían a marchar, uno de los criados de la finca fué a advertir al amo de que el rebaño había roto el cerco y huía aterrorizado por la tempestad.

—¡Van hacia los fugitivos! — dijo alguien, señalando una compacta masa move-diza que se distinguía al resplandor de los relámpagos.

Una siniestra sonrisa brilló en el rostro de Santa Cruz. ¡Era su venganza!

—¡No disparéis! ¡Los toros se encargarán de vengarme! ¡Dejadlos marchar!

La ola impetuosa avanzaba acortando cada vez más la distancia entre ella y los fugitivos. Su paso era el de una masa desoladora y mortal. Miles y Lasca no tenían salvación posible. Huían desesperadamente, pero iban a verse arrollados fatalmente...

Y la fatalidad quiso acabar con la muerte aquel amor naciente que era promesa de redención y felicidad. Las bestias, enfurecidas, cayeron sobre ellos, y cuando hubieron pasado sólo quedaban dos cuerpos horrorosamente pisoteados.

Al amanecer, cuando la tormenta había amainado y a los albores del nuevo día apareció el campo desolado, Santa Cruz y los suyos encontraron mezclados entre el barro a los fugitivos. Lasca había dejado de existir y Miles se hallaba casi sin vida.

—¡Dió la vida por salvarle! — exclamó Santa Cruz.

Y después, dirigiéndose a los suyos, rompió el silencio señalando a Miles, diciendo:

—Llévenlo a Los Hermanos con cuidado de que no se muera, al cuartel de la Rural, de parte de Lasca de Río Grande...

FIN

Las creaciones de los
simpáticos artistas
de moda

LILIAN HARVEY

y

HENRY GARAT

solamente las encontrará en ediciones

BIBLIOTECA FILMS

El favorito de la guardia

Opereta cómica de asunto sugestivo. 50 cts.

El trio de la bencina

Opereta vienesa de amor e intriga. 50 cts.

Ha salido un ladrón

Comedia sentimental 25 cts.

Pronto... pronto...

PEZ DE TIERRA

— PEDIDOS A —

Biblioteca Films - Apartado 707 Barcelona

Servimos números sueltos y colecciones completas, previo
envío del importe en sellos de correo. Remitan cinco céntimos
para el certificado. Franqueo gratis